

1

La familia Dashwood se había afincado en Sussex antes de la Alteración, cuando las aguas del mundo se habían tornado frías y odiosas para los hijos del hombre, y la tenebrosidad se deslizaba sobre la superficie de los océanos.

La propiedad de los Dashwood era muy extensa; su residencia se hallaba en Norland Park, en el centro de ella, ubicada a varios centenares de metros de la costa y rodeada de antorchas.

El difunto propietario no se había casado; vivió hasta una edad avanzada, y durante muchos años de su vida gozó de la permanente compañía de su hermana, que le hacía de ama de llaves. La muerte de ésta le pilló por sorpresa, diez años antes que la suya; su hermana estaba golpeando la colada sobre una roca que resultó ser el exoesqueleto camuflado de un gigantesco crustáceo, un cangrejo ermitaño estriado del tamaño de un pastor alemán. El enfurecido cangrejo se adhirió al rostro de la mujer con el previsible y lamentable efecto. Mientras la desdichada rodaba impotente sobre el lodo y la arena, el cangrejo la atacó salvajemente, asfixiándola, cubriéndole la boca y la nariz con su abdomen mucocutáneo. Su muerte causó un marcado cambio en el hogar del anciano señor Dashwood, quien, para contrarrestar la soledad, invitó y acogió en su casa a la familia de su sobrino, Henry Dashwood, el heredero legítimo de la propiedad de Norland, y la persona a la que el anciano se proponía legarla.

Henry tenía un hijo, John, nacido de un matrimonio anterior; y tres hijas de su actual esposa. El hijo, un joven responsable y respetable, disponía de una cuantiosa fortuna que le había legado su madre. Por consiguiente, el derecho a la herencia de

Norland no era tan importante para John como para sus tres hermanastras, pues la madre de éstas no poseía nada, y las fortunas de las jóvenes dependían por tanto de que su padre heredara la propiedad del anciano caballero, para que un día pasara a manos de éstas.

El viejo falleció y la lectura de su testamento, como suele ocurrir en estos casos, produjo tanta amargura como gozo. El anciano no fue tan injusto, ni tan ingrato, como para no testar en favor de su sobrino —el señor Dashwood lo había deseado más por el bien de su esposa y sus hijas que por el suyo y el de su hijo—, ¡y la propiedad pasó íntegramente a manos de John! Las tres jóvenes heredaron tan sólo mil libras cada una.

Al principio Henry Dashwood se llevó una profunda decepción; pero tenía un temperamento alegre y optimista, y al poco tiempo se concentró en el sueño, largamente acariciado, de emprender una noble aventura. El origen de la Alteración era desconocido y misterioso, pero el señor Dashwood sostenía una excéntrica teoría: que algún día llegaría a descubrirse en un remoto rincón del globo terráqueo la cabecera del funesto río cuyas aguas nocivas alimentaban todos los mares, lagos y estuarios, envenenando la fuente misma del mundo. Ese río insalubre (según la hipótesis de Henry Dashwood) era el que había provocado la Alteración; el que había hecho que las criaturas del océano se volvieran contra las personas que habitaban la Tierra; el que había convertido al más modesto pececillo y al delfín más encantador en depredadores agresivos y sedientos de sangre, endurecidos y odiosos para nuestra raza bípeda; el que había originado nuevas y nefastas razas de criaturas oceánicas, sirenas, tritones y brujas marinas que cambiaban de forma y odiaban a los seres humanos; el que había transformado los océanos del mundo en borboteantes y mortíferas calderas de agua salada. El señor Dashwood había decidido unirse a los intrépidos aventureros que habían desafiado y surcado las aguas costeras de Inglaterra para ir en busca de las cabeceras de esa temible fuente,

con el propósito de hallar un método para contener su repugnante flujo.

Por desgracia, a un cuarto de milla de la costa de Sussex, el señor Dashwood fue devorado por un pez martillo. Eso quedó evidenciado por las marcas de los mordiscos y la gravedad de sus heridas, cuando la marea arrojó su cuerpo a la playa. La cruel bestia le había arrancado la mano derecha a la altura de la muñeca, devorado buena parte de su pierna izquierda y la totalidad de la derecha, y engullido un trozo en forma de uve del torso.

Su hijo, su esposa y sus tres hijas contemplaron con desolación y estupor los restos del cuerpo del señor Dashwood; violáceo y magullado por haber sido golpeado contra las rocas, yacía sobre la arena a medianoche, sangrando copiosamente de sus numerosas heridas, pero, algo incomprendible, todavía vivo. Mientras sus desconsolados parientes observaban asombrados, el moribundo tomó un trozo de madera de deriva con la mano que le quedaba y garabateó un mensaje en la enlodada arena. Con un gigantesco esfuerzo, indicó a su hijo John con la cabeza que se agachara y lo leyera. En esa última y trágica epístola, el señor Dashwood recomendaba a su hijo, con toda la fuerza y el apremio que sus heridas le permitían, que velara por el bienestar económico de su madrastra y sus hermanastras, las cuales habían sido tan injustamente tratadas en el testamento del anciano. John Dashwood, aunque no compartía el hondo pesar del resto de la familia, se sintió conmovido por una recomendación de esa naturaleza y hecha en tales momentos, y prometió hacer cuanto estuviera en su mano para que sus hermanastras vivieran con holgura. A continuación la marea se llevó las palabras garabateadas en la arena, junto con el último suspiro de Henry Dashwood.

A partir de ese momento John Dashwood tuvo tiempo para meditar sobre lo que la prudencia le aconsejaba hacer en favor de sus hermanastras. No era un joven desagradable, salvo que el hecho de ser insensible y un tanto egoísta signifique ser desagrada-

ble, y, en términos generales, era respetado. De haberse casado con una mujer más afable, habría sido más respetado aún. Pero la mujer de John Dashwood era una exagerada caricatura de su marido, más mezquina y egoísta que él.

Cuando el joven hizo la promesa a su padre, decidió en su fuero interno incrementar la fortuna de sus hermanastras concediéndoles mil libras a cada una. La perspectiva de la herencia que iba a percibir le hacía sentirse satisfecho y capaz de mostrarse generoso. ¡Sí, les concedería tres mil libras! Sería un regalo generoso y considerable, lo suficiente para tranquilizar a sus hermanastras y ofrecer a cada una de ellas la oportunidad de vivir con una holgura decorosa.

Tan pronto como los restos de Henry Dashwood fueron dispuestos de forma que guardaran cierta semejanza con un ser humano y enterrados, y una vez concluido el funeral, la esposa de John Dashwood se presentó en Norland Park sin anunciar su visita, con su hijo y sus sirvientes. Nadie podía discutirle su derecho a presentarse allí; la casa, con su imponente verja de hierro forjado y su colección de arponeros con ojos de lince, pertenecía a su esposo desde el momento de la muerte del señor Dashwood. Pero la rudeza de su conducta con una mujer en la situación de reciente viudedad como era la señora Dashwood fue una afrenta. La esposa de John Dashwood nunca había caído bien a ningún miembro de la familia de su marido; pero jamás había tenido la oportunidad de demostrar lo poco que le importaba el bienestar de otras personas cuando la ocasión lo requería.

—Es evidente que tus parientes tienen el lamentable don de atraer la inoportuna atención del Odioso Padre Océano —masculló con tono sombrío a su marido poco después de su llegada—. Si éste se propone reclamarlos, confío en que lo haga lejos de donde juega mi hijo.

La señora Dashwood, recién enviudada, sintió esa grosera conducta tan profundamente que a la llegada de su nuera habría abandonado la casa para siempre, de no ser por los ruegos de su hija



Mientras sus desconsolados parientes observaban asombrados, el moribundo tomó un trozo de madera de deriva con la mano que le quedaba y garabateó un mensaje en la enlodada arena.

mayor, que la indujeron primero a reflexionar sobre la conveniencia de abandonar su hogar y, segundo, sobre la imprudencia de marcharse antes de reunir una escolta armada para protegerlas durante el viaje.

Elinor, la hija mayor, poseía una capacidad de comprensión que la facultaba, aunque sólo tenía diecinueve años, para ser la consejera de su madre. Tenía un corazón excelente, hombros anchos y recios músculos en las pantorrillas, y era muy admirada por sus hermanas y por todos los que la conocían por su destreza a la hora de tallar madera de deriva. Era estudiosa, habiendo intuito hacía tiempo que su supervivencia dependía de sus conocimientos; por las noches se dedicaba a leer gigantescos tomos, memorizando las especies y el género de cada pez y mamífero marino, aprendiendo de memoria sus velocidades y puntos vulnerables, y cuáles tenían exoesqueletos con púas y cuáles dientes caninos o colmillos.

Elinor era una joven de fuertes sentimientos, pero sabía controlarlos. Era una facultad que su madre aún no había aprendido, y que una de sus hermanas había decidido no adquirir jamás. Las habilidades de Marianne eran, en muchos aspectos, muy parecidas a las de Elinor. Era una nadadora casi tan buena como su hermana, dotada de una extraordinaria capacidad pulmonar; era sensata e inteligente, pero impetuosa. Sus penas y alegrías no conocían moderación. Era generosa, amable, interesante; era todo menos prudente. Hablaba suspirando de las crueles criaturas que merodeaban por las aguas, incluso de la que hacía poco había atacado salvajemente a su padre, confiriéndoles unos apelativos tan floridos como «nuestros perseguidores dotados de branquias» o «los insondables», y reflexionando sobre sus terribles e impenetrables secretos.

Margaret, la hermana menor, era una joven de carácter alegre, simpática, pero con una tendencia —más acorde con su juventud que con la delicada naturaleza de su situación en un país costero— de ponerse a bailar durante las tormentas y chapotear en las char-

cas. Elinor le había advertido repetidas veces que no debía entregarse a esos pueriles entusiasmos.

—Las aguas están erizadas de peligros, Margaret —le decía con tono grave, meneando la cabeza y mirando a los ojos a su díscola hermana—. En ellas sólo hallarás la perdición.

2

La señora de John Dashwood se había instalado como dueña y señora de Norland, y su suegra y cuñadas habían sido degradadas a la condición de visitantes. Como tales, no obstante, eran tratadas por la señora Dashwood con discreta cortesía —a la hora de almorzar les reservaba las agallas del atún— y por su hermanastro con amabilidad. El señor John Dashwood insistió en que consideraran Norland como su hogar; y, puesto que a la señora Dashwood no se le ocurrió ningún plan tan conveniente como permanecer allí hasta que pudieran mudarse a una casa en la comarca, aceptó la invitación de John.

Continuar en un lugar donde todo le recordaba su anterior dicha —excepto la zona de la playa donde la sangre de Henry aún teñía las rocas, por más que la marea las bañara— era justamente lo que convenía a su estado de ánimo. En los momentos dolorosos, la dama caía presa de su dolor; pero en los momentos gozosos, nadie mostraba un temperamento más alegre que ella, ni poseía esa optimista expectativa de felicidad que constituye la felicidad en sí misma.

La señora de John Dashwood no aprobaba lo que su marido se proponía hacer por sus hermanastras. Sustraer tres mil libras de la futura fortuna de su querido hijito, significaba empobrecerlo y colocarlo en una intolerable situación de grave peligro. Así pues, rogó a su esposo que recapacitara. ¿Cómo podía ser capaz de robar a su hijo una suma tan cuantiosa? ¿Por qué arruinarse él mismo y arruinar a su pobre Harry, le preguntó, cuya vida corría ya un tremendo peligro por el hecho de vivir en un país costero, regalándoles ese dinero a sus hermanastras?

—Fue la última petición que me hizo mi padre —respondió su marido—. Escrita con grandes esfuerzos en la arena, palabra por palabra, sosteniendo un trozo de madera de deriva empapada entre los dedos de la mano que le quedaba, instándome a que ayudara a su viuda y a sus hijas.

—Cuando lo escribió no sabía lo que hacía, habida cuenta de la cantidad de fluidos vitales que había derramado sobre la arena. De haber estado en su sano juicio, jamás se le habría ocurrido rogarte que hurtaras a tu propio hijo la mitad de tu fortuna.

—Mi padre no estipuló una cantidad precisa, querida Fanny; sólo me pidió, en términos generales, que las ayudara, que procurara que gozaran de una situación holgada. Cuando mi padre me hizo prometérselo, mientras yo sujetaba unos fragmentos de sus orejas y su nariz para dar a su rostro un aspecto humano, no pude por menos que darle mi palabra. Es preciso hacer algo por ellas cuando abandonen Norland y se instalen en un nuevo hogar.

—Estoy de acuerdo en que hagas «algo» por tus hermanas, ¡pero no es preciso que les des tres mil libras! ¡Piensa en la cantidad de boyas salvavidas que podemos adquirir con esa suma! —añadió su esposa—. Piensa que una vez que te hayas desprendido de ese dinero, jamás lo recuperarás. Tus hermanas se casarán o morirán devoradas, y ese dinero se perderá para siempre.

—En tal caso, quizá sería preferible para todos reducir esa suma a la mitad. Quinientas libras incrementaría sus fortunas de modo considerable.

—¡Más que considerable! ¿Qué hermano en el mundo haría eso por sus hermanas, aun suponiendo que fueran hermanas suyas? ¡Sólo son tus hermanastras! ¡Tienes un espíritu demasiado generoso! ¡Por más que tu padre fuera atacado salvajemente por un pez martillo no significa que debas hacer todo lo que te pidiera antes de morir!

—Creo que puedo permitirme darles quinientas libras a cada una. De hecho, sin que yo les ceda una parte de mi fortuna, cada una dispondrá de más de tres mil libras cuando muera su

madre, una cantidad que permitiría a cualquier joven llevar una vida más que holgada.

—Desde luego. De hecho, me extraña que pretendan conseguir un dinero adicional. Dispondrán de diez mil libras para repararse entre ellas. Si se casan, sin duda harán un matrimonio ventajoso; y si no se casan, podrán vivir cómodamente con los intereses de diez mil libras.

—En tal caso, quizá fuera preferible hacer algo por su madre mientras viva, en lugar de por las hijas; me refiero a concederle una renta vitalicia. Cien libras al año bastarían para que vivieran sin estrecheces.

Su esposa dudó unos instantes antes de dar su consentimiento a ese plan.

—Sin duda —dijo—, es mejor que desprenderse de mil quinientas libras de una vez. Si la señora Dashwood viviera otros quince años, estaríamos atrapados.

—¡Quince años! ¡Mi querida Fanny! ¡Su vida no puede prolongarse tanto! Incluso los nadadores más consumados rara vez viven tanto tiempo, y la señora Dashwood tiene las caderas y las rodillas débiles. ¡La he visto cuando se bañaba!

—Piensa en ello, John; las personas siempre viven eternamente cuando perciben una renta vitalicia, y las damas de edad avanzada pueden nadar a una velocidad pasmosa cuando algo las persigue; creo que se debe a que su piel posee una cualidad coriácea semejante a una marsopa. Además, conozco bien los problemas que traen las rentas vitalicias. Mi madre estaba obligada, según constaba en el testamento de mi padre, a pagar una renta vitalicia a tres viejos sirvientes jubilados que en cierta ocasión habían arrancado a mi padre de las fauces de un fócido gigantesco. Tenía que pagar esas rentas dos veces al año, aparte de los inconvenientes que suponía hacerles llegar ese dinero, y luego uno de ellos se perdió supuestamente frente a la costa de la isla de Skye en un naufragio y fue devorado, y más tarde resultó que sólo le habían devorado los dedos por encima de los nudillos. Mi madre decía que, debido a

esos pagos vitalicios, era como si su fortuna no le perteneciera. Fue muy desconsiderado por parte de mi padre, porque, de no ser por esa obligación, mi madre habría dispuesto de la totalidad del dinero, sin ningún género de restricciones. Desde entonces detesto las rentas vitalicias hasta el extremo de que no consentiría en pagar una por nada en el mundo.

—Reconozco que es muy desagradable —respondió el señor Dashwood— tener que realizar esos pagos anuales que merman los ingresos de uno. Es como si tu fortuna, como decía tu madre con mucho acierto, no te perteneciera. El estar obligado a pagar periódicamente semejante suma, cual Odiseo atado al mástil, no es en absoluto deseable, pues te priva de tu independencia.

—Sin duda, y nadie te lo agradece. Se sienten seguros, piensan que uno no hace más que cumplir con su obligación, y no te demuestran la menor gratitud. Yo que tú, hiciera lo que hiciese, lo haría siguiendo mi propio criterio.

—Tienes razón, amor mío. Es mejor que en lugar de concederles una renta vitalicia, les dé de vez en cuando una suma que les resultará mucho más práctica que una cantidad anual. Sin duda es el mejor sistema. Una donación de cincuenta libras, de vez en cuando, evitará que mis parientas anden escasas de dinero, y creo que con ello cumpliré de sobra la promesa que hice a mi padre.

—Desde luego. A decir verdad, estoy convencida de que tu padre no pretendía que les dieras dinero. Me atrevo a decir que la ayuda a la que se refería consistía en la que tus parientas pueden esperar razonablemente de ti; como, por ejemplo, buscarles una cómoda casita en la que instalarse.

La conversación entre ambos fue interrumpida por el sonido de la campana que advertía de la presencia de monstruos; los sirvientes aparecieron corriendo como posesos y alzaron el puente levadizo. El guardián de noche había divisado a través de su catalejo el anillo frontal de una serpiente de fuego; la bestia se hallaba a varias leguas mar adentro, pero ignoraban a qué distancia eran capaces esos monstruos de arrojar una bola de fuego hacia tierra.

—Quizá convenga que nos refugiemos un rato en el desván —propuso John Dashwood a su esposa, que accedió de inmediato, precediéndole y echando a correr hacia la escalera.

Esa conversación dio a las intenciones del señor Dashwood la firmeza que les faltaba, y cuando abandonaron el desván, tras comprobar con alivio que sólo se había quemado una parcela de bosque en los límites de su propiedad, John Dashwood estaba convencido de que era totalmente innecesario hacer por la viuda y las hijas de su padre más de lo que su esposa y él habían decidido hacer.